

10º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 3, 20-35

En aquel tiempo, Jesús fue a casa con sus discípulos y se juntó de nuevo tanta gente que no los dejaban ni comer.

Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque decían que no estaba en sus cabales.

Unos letrados de Jerusalén decían:

-Tiene dentro a Belcebú y expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios.

Él los invitó a acercarse y les puso estas comparaciones:

- ¿Cómo va a echar Satanás a Satanás? Un reino en guerra civil no puede subsistir; una familia dividida no puede subsistir. Si Satanás se revela contra sí mismo, para hacerse la guerra, no puede subsistir, está perdido. Nadie puede meterse en casa de un hombre forzado para arramblar con su ajuar, si primero no lo ata; entonces podrá arramblar con la casa.

Creedme, todo se les podrá perdonar a los hombres: los pecados y cualquier blasfemia que digan, pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, cargará con su pecado para siempre.

Se refería a los que decían que tenía dentro un espíritu inmundo.

Llegaron su madre y sus hermanos y desde fuera lo mandaron llamar.

La gente que tenía sentada alrededor le dijo:

-Mira, tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan.

Les contestó:

-¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Y, pasando la mirada por el corro, dijo:

-Éstos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre.

LA FAMILIA DE JESÚS

El Evangelio de este domingo nos enseña **«dos tipos de incomprendiones»** que Jesús debió afrontar: la de los **«escribas»** y la de **«sus propios familiares»**. La primera incompreensión fue la de los escribas. Estos eran hombres instruidos en las Sagradas Escrituras y encargados de explicarlas al pueblo. Algunos de ellos fueron enviados desde Jerusalén a Galilea, donde la fama de Jesús comenzaba a difundirse, para desacreditarlo a los ojos de la gente, para quitarle autoridad. **«No eran capaces de escuchar las bondades de su predicación»**.

Y estos escribas van a la gente con una acusación precisa y terrible: **«Está poseído por Belzebu y por el príncipe de los demonios expulsa a los demonios»**, les dicen. Algo que equivale a decir que **«Jesús era un endemoniado»**. Lo cierto era que Jesús **«sanaba a muchos enfermos»** y lo que los escribas pretenden decir es que no era el Espíritu de Dios quien lo anima, sino la fuerza del diablo. Jesús no tolera esto y reacciona con palabras fuertes y claras: **«Todo se les podrá perdonar a los hombres, pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás»**.

La primera frase de este texto es lo realmente más brillante: **«Todo se les podrá perdonar»**. Aquí Jesús expresa la razón por la que vino al mundo: darnos a conocer **«el amor de Dios»**, ese amor que sonríe cariñosamente a nuestra debilidad, ese amor que cambia nuestro desaliento en un esfuerzo optimista.

Pero la segunda frase, **«el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás»**, pone de manifiesto la gravedad del pecado que aquellos escribas que estaban cometiendo: **«negar el amor de Dios que está presente y obra en Jesús»**. Es el pecado contra el Espíritu Santo que **«cierra el corazón a la misericordia de Dios»** que actúa en Jesús y en todos nosotros.

Y cuando el corazón se cierra **«se pierde el respeto por la vida, por las personas y las cosas»**. Pero, sobre todo, se incapacita para **«escuchar»** el misterio que se encierra en lo más hondo del corazón.

Este episodio contiene una importante **«enseñanza para todos nosotros»**. Puede suceder que alguien pueda **«acusar falsamente»** a una persona, bien por envidia hacia su bondad o su buen hacer, o simplemente, por intereses de otro tipo, legítimos o ilegítimos. Cuando esto ocurre, **«cuando la verdad y los valores cristianos desaparecen del argumentario»**, tenemos la tentación de **«atacar directamente a la persona»** o a su familia, de la forma que sea, tanto si es verdad como si es mentira. Sólo se busca desprestigiarla y desautorizarla.

La malicia con la que, de un modo premeditado, se quiere destruir la buena reputación del otro, es un **«comportamiento que destruye»** amistades y familias y también las comunidades e incluso la sociedad. Es un verdadero **«veneno mortal»**. Y esto desgraciadamente ocurre **«con demasiada frecuencia»** en la vida de cada día. ¡Que Dios nos libre de esta tentación!

El Evangelio de hoy también habla de otra incompreensión muy diferente. Era **«la incompreensión de sus familiares»** que estaban preocupados porque su nueva vida itinerante les parecía una locura. Jesús vivía para la gente, sobre todo para los enfermos y pecadores, hasta el punto de que ni siquiera tenía tiempo para comer. Tanto es así, que sus familiares decidieron ir a buscarlo para llevarlo de nuevo a Nazaret, a casa.

Cuando llegan al lugar donde Jesús está predicando y lo mandan llamar, le dicen: **«He aquí, tu madre, tus hermanos y hermanas están afuera y te buscan»**. A lo que Él responde: **«¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?»** y mirando a las personas que le rodeaban para escucharlo, añade: **«¡He aquí mi madre y mis hermanos! Porque quien cumpla la voluntad de Dios, es mi hermano, mi hermana y mi madre»**. Jesús tiene claro quien ha de ser su prioridad.



Resulta evidente que **«Jesús había formado una nueva familia»**, que no se basa en vínculos naturales, sino **«en su fe en Él y en el amor de Dios»** que nos acoge y nos une a Él por medio del Espíritu Santo. Y es que quienes acogen la Palabra de Jesús son hijos de Dios y hermanos entre ellos. Y acoger su Palabra **«nos concede el formar parte de la familia de Jesús»**. Y hablar mal de los demás, destruir su fama, **«nos inhabilita»** para formar parte de su familia.

El Espíritu es **«esa fuerza que actúa en nosotros pero que no es nuestra»**. Es el mismo Dios que inspira y transforma nuestras vidas. Nadie puede decir que no está habitado por ese Espíritu. Lo importante es **«acogerlo y no apagarlo»**, avivar su fuego, hacer que arda **«purificando y renovando nuestra vida»**. Tal vez, hemos de comenzar por invocar a Dios **«No permitas que me aleje de Ti, de tu Espíritu»**. Pidamos al Señor nos ayude a vivir siempre en **«comunión con Jesús»**, reconociendo la obra del Espíritu Santo que actúa en Él y en la Iglesia, para **«regenerar el mundo a una vida nueva»**. ¡Que así sea!